

MANUAL PARA APRENDER A AMAR

Manuscrito original

David Villanova Aparisi

Vacío

En la oscuridad de mi habitación,
sin apenas luz ni aire dentro.

En mi desmedida ambición,
pues hoy me encuentro
vacío, vacío, vacío.

Lo veo todo claro,
aun cuando más ciego me hallo.
Tanto tiempo evadiendo mi sombra,
fiel espejo con el que jamás me comparo.
Estoy al amparo de faros sin luces ni lagos.

Me repugna contemplar mi ser,
arder en la fe por un después.
Creer en el mañana: mi continuo bucle.
Crecer como persona sin amar quien soy,
la paradoja de la arrogancia que no suple,
carga que arrastro allá donde voy.

Contemplo a mi alrededor las tenues luces,
encerrado en la misma habitación de siempre,
reflejo de la sombra que acecha bajo el vientre.
Ahora recorro caminos que hacen cruces,
tortuosas sendas para el peregrino inmerso.
Versos, versos, ¿qué importa si conmigo converso?
Sólo narro el monumental peso que me apresa,
el aciago eco de pasados besos que, por fin, me besa.

Oh, grandioso Sol, ¡cómo desprecio tu luz!

El fuego que inunda mi pecho
es producto de mi despecho,
ansiosos seres atesoro, esa es mi cruz.

Las Lunas que circulan
con fuerza desatan las mareas
que desplazan mis lágrimas mudas.
¿Es esto tan sólo otra hercúlea tarea?

Llenarme de perfección,
esa es mi errónea ambición.
Convertido en corredor de mi propio laberinto.

¿Y qué tengo de distinto?

Destaco, pero no conquisto.

Mi ansia es hacer mía
la valía de cualquier nombre.

Con el insaciable apetito del hombre
me entrego al hurto de la ambrosía,
perdiendo mi forma persiguiendo cumbres,
siendo una máscara y cayendo al abismo.

Desisto, no hay quien alumbre
lo oscuro de mi ser mismo.

Ahora burdos versos escribo,
harto de sufrir sin ningún motivo.

Sentado en el borde de mi mental estancia
solo ruego por horas bajo el cirio,
perdiendo minutos en mi vagancia,
azotado por el viento del delirio.

Ah, pero ¿qué es esto que escribo?

¡Dios mío, cuánto pesa este día!
¿Cuándo he perdido los estribos?
¿Siquiera sirve de algo esta letanía?
Cerraré los ojos con empeño
en un intento por escapar en sueños
de la pesadilla que me llena de agonía.
Condenada vigilia, ser vigía
del palacio del hastío.
Ahí está, ¿No oyes su cántico frío?
Tic tac, tic tac, su burla me apena.
El mío es un reloj de arena
vacío, vacío, vacío.

Por favor, dime que hay mujer que me salve.
Dime que hay una Estrella de entre tanta Luna,
dime que hay cura a mi alcance,
dime que esto sólo un día dura,
dime que no estoy completamente
vacío, vacío, vacío.

Un nuevo amanecer

Asoma la tenue luz de la vida
en mi gélida prisión de carencia:
armazón de ego y autoestima perdida.
Observo la bella figura con prudencia,
idealizando sus rasgos en el salto al abismo.
Me da calor esta nueva Estrella,
quizás producto de mi Sol: un espejismo.
Ahora sueño despierto con ella.

¿Esto es amor?
Temo el dolor del fracaso,
eterno peso que me apresa a cada paso
y todo se congela sin su calor.

En el fragor de la batalla me hallo confuso
pues desconozco quién debo ser.
Viendo la realidad con un ángulo obtuso,
con la perspectiva del pragmático,
rompiendo las cadenas del deber.
Vivo el acoso del sentir que me devuelve el hálito.

Es este pesado hábito el que tapa mi podrida piel,
mas siento que puedo exhibirla ante su mirada.
La incertidumbre llena mi visión de hiel,
destruyendo mi inventado paraíso.
Así me dejo caer a la nada,
al logro de la imposible misión de Narciso.

Esta Estrella orbita alrededor de un agujero negro,
aquello contra lo que yo lucho.
Su compañía sufre como yo, según escucho.
Perfección lo único que tolera aquél al que llaman Pedro.

Con todas mis fuerzas remo,
implorando no estar enamorado.
Por el cuadrado que es mi rutina ruedo,
ruego por poder arrancarme este dardo.
Ah, pero su sombra es camino para el peregrino:
lugar donde esconderme de mis demonios,
carretera por la que huir de la oscuridad de mi destino.

¿Acaso es amar todo cuanto maldigo?
La obsesión llena mi Vacío.
Analizo toda ruta para estar contigo,
sobreviviendo a sempiterno sacrificio,
maldiciendo a mi ciego cupido.
Sueño con, entre tus brazos, estar vivo.

“Este viaje se antoja duro” - grita mi vértigo.
Mas con la fuerza de mil hombres daré cada paso,
pues los tres somos uno
y este uno está harto del fracaso:
de la muerte en vida, del dolor sangrado en infinitos trazos.

Imagen

Hay una imagen que inunda mis sentidos:

te veo exhausta de gozo en el pozo de su habitación,
perpetuando una podrida relación
y retrasando lo duro del despido.

Y yo, incapaz de masturbarme sin eyacular lágrimas
en fríos orgasmos calculados en los que siento la guadaña.
Incapaz de denigrar tu imagen,
siendo otro siervo del mañana.

Dolor

No hay arte sin sangre, no hay luz sin sombra.

El cuerpo a gritos pide
que, con valentía y esfuerzo,
mis lágrimas rojas grite
en un ejercicio de mental refuerzo.

Tapo con mis palmas mi arrugado rostro
para que mi sombra no contemple el llanto.
Tapo mi cuerpo, ahora tornado triste canto;
las mil heridas que provoca este agosto.

Busco tu reflejo en las esquinas más lejanas,
pensando que llenarás de luz mi ventana.
Busco tu figura entre las calles transitadas,
te encontraré entre el vulgo que mi vista empapa.
Pero, para mi sorpresa, mis ojos jamás te atrapan
y con triste signo vuelvo a la rutina programada.

Otras veces irrumpo en tu vida con egoísmo,
exigiendo respuestas por mensaje escrito.
Y tan sólo se torna tortura el delito
cuando sin contestación marchó rumbo al abismo.

Harto, mi cráneo cruje dejándome sin hálito,
maldición que sufro si no lo evito.
Este es un dolor tornado hábito,
un huracán que agita el cuerpo que habito.

Busco soluciones a un problema imposible,
el sentido sensible permanecerá inmarcesible.
Pongo mi empeño, coraje y valentía
pero sangra la boca al entonar la letanía:
“por favor Sol, dame tu luz ahora que huyo de la oscuridad.
Devuélveme el amparo, tú mi única deidad.”

Ríen los astros por la cruz que mi pecho salva,
“pero es tan bello el recuerdo...” – Mis llagas hablan.
¿Acaso es justo el dolor que mis venas ennegrece?
La pena, el sollozo... De recompensa carece.

Me entrego a tu persona con toda mi entrega,
ansío ser el siervo que llene tu Vacío y así me lo pagas...
Me entrego a nuestro comedido idilio sin poner pegas,
seco tus lágrimas cual pañuelo y mido mis palabras.

Amar con distancia en la proximidad,
en lo próximo de la guillotina que marca el tic tac.
Amar con límites en mi ilimitado deseo,
marcar nuevos límites para la tortura del enfermo.

Este es mi designio, contemplar el reloj.
“Esto es sólo el prólogo” – Mientras, mi mente, grita.
La angustia de un futuro inexistente me recuerda el error.
Así el horror se torna manuscrito,
refino el sufrimiento hasta tornarlo tinta:
candentes cadenas del amor que no evito.

Soy el arquitecto de la curva que tu boca dibuja,

mi único mérito dentro de esta burbuja que ahoga
y mi único error en esta locura que me sirve de soga.
Tengo visiones de muerte tras besar a la bruja.

Mi cuerpo paralizado, mi corazón destruido. Sólo hay lugar para el dolor.

El caballero de la espada rota

Me pierdo en tu curva carmesí,
pierdo mi cabeza, frenesí,
pierdo la cuenta, me vuelvo a servir.

No será este profano líquido
lo que liquide mi pensamiento insípido.
Pero si pido pesar embotellado
es porque lo prefiero al enfado.

Nada cambiará el destino.
Si soy testigo del perfecto detalle,
pero tú... tú ya te has ido.

Otra línea, otra vida, otra oportunidad perdida.
Culpable del Vacío que puebla mi universo,
Vacío que no llenará mi deforme verso
ni tampoco el tan anhelado beso.

Rodeo tu figura con mis brazos, sueño.
Ruedo por un inventado paraíso, dueño.
Ruego por ser un héroe, pequeño.

Me despido, despierto, desespero y huyo.
La pompa de ilusión explota,
se agota la estancia en tan colorido ensueño.
Camino a casa mientras me destruyo,
porque ni de tan pequeño sueño podré ser dueño.

Y así al amanecer se verterá la salina gota,

salida del sentimiento que brota.

Y así en secreto viviré otra derrota,
pues soy un héroe desconocido,
el caballero de la espada rota.

Laurus nobilis

Que mi mano alcance el busto,
que el tosco ogro acaricie el perlado rostro.
Sueños, sombras ante las que me postro,
recuerdos artificiales que, con obsesión, busco.

Pero pronto el viento despeja la cortina de humo
y, con ella, se esfuma toda esperanza de futuro.
Pronto la ígnea deidad me devuelve a la realidad,
a la calamidad de la distancia y la angustia habitual.

Y aquí, desde el vértigo del rey del lodo,
vierto sangre y me exculpo de todo.
Alimento al monstruo con excusas y mentiras
hasta hacer de mi vida un interrogante:
realidad de dunas y dudas incesantes.

De vez en cuando el milagro sucede
y con lucidez navego mis entrañas:
con verso consigo dilucidar mis emociones extrañas,
converso conmigo y con los ojos que me leen.

Pero aunque mi texto resultara laureado,
solo busco vislumbrar tu aureola, Laurel.
Mis líneas no servirán de puente, sino de alcantarillado,
y con cada luna estaré más lejos de tu piel.

Lirio

Conscientemente me resisto a gravitar,
aunque tu ser me atrae sin remedio.

Tu cuerpo cósmico e ideales idóneos
son capaces de robar el fuego.

Así comienza el juego.

Comprometido, como Prometeo,
desafío a los Dioses, designio erróneo.

Mis sueños se han tornado delirio
pues vislumbro un futuro idilio a diario.

Odio la vigía porque verte ansío,
porque debo lidiar con el calvario:
ser distante al velar por ti, Lirio.

Ahora pauso, me siento y reflexiono.

Me pregunto impotente: “¿Cuánto daño te han hecho?”

A cada paso que dejo me lesiono,
¿acaso te alejas por miedo al despecho?

Más no temas, Lirio, soy Discípulo de Orfeo.

Refinaré cada verso hasta traerte de vuelta
del inframundo de recuerdos que tu mente puebla.

No miraré atrás en el camino, lo prometo.

Me puede la incertidumbre.

¿Y si todo esfuerzo es en vano?

¿Qué más da cuánto te alumbre?

Quizás nunca camine de tu mano.

Pero soy más que un hombre,
no esperaré nada a cambio.
Te guiaré de vuelta a la cumbre
para vislumbrar la sonrisa en tus labios.

Afecto

En tu necesidad por hacerlo todo perfecto
no haces más que causar desperfectos.
Requieres, pero no quieres afecto,
sutiles muestras de un pensamiento infecto.

Complejidad, problemas inventados,
vallas, muros, tuberías,
formas de no dejar fluir,
excusas para estancarse en el pasado.

¿Dónde estaban los límites
para el otro hombre al que amaste?
Ya basta de mentiras y medias verdades,
quiero que mi corazón no palpite.

Entre la densa niebla hallo una verdad
y es que sí merezco algo mejor.
Merezco poder amar a cambio de amor,
merezco burlar el yugo de la deidad.

Pero la suerte es injusta para el justo
y el dolor es lo único que recojo,
pues no hallo más que despojos
y sinceramente ya ando exhausto.

Ahora quisiera olvidar el rostro,
borrar la imagen del busto.
Me importa una mierda cuanto te gusto
si huyes de mí como de un monstruo.

No debiera haberte apodado Lirio,
sino más bien calvario.
Tu desidia y caos diarios
solo traen pesar y delirio.

Ahora me apresa la carmesí ira
y la incertidumbre solo es otra sombra.
Ardo en llamas y sin honra
mientras me exijo: "Por favor, respira".

¿Cómo he sido tan necio?
He vuelto a entregar mi ser,
a regalar cuanto tenía en mi haber.
Estaba dispuesto a pagar cualquier precio.

He querido ser Orfeo y salvar a Eurídice,
pero mi lírica nunca será suficiente.
No habrá ofrenda que sane tu mente
ni abrazo que cierre tus cicatrices.

Estoy cansado de jugar a ser un héroe,
harto de sacrificios en nombre del orden.
Quisiera perder la bondad que me corrompe,
colgar la espada y las botas del guerrero.

Girando

He vuelto al mundo de los muertos,
al cementerio de esperanzas y sentimientos.
Acepto el hecho, aunque lo lamento,
quisiera haber disfrutado más de cada encuentro.

Ahora mi misión es vigilar el tiempo.
Guardo el desierto de arena envuelto en vidrio
que sigue girando con rumbo incierto.
El mundo vive y yo lo envidio.

Pero por más que espere, tú nunca volverás.
Fuimos hojas mecidas por la brisa,
anaranjado cielo y blancas sonrisas,
pero, como siempre, nos pudo la tempestad.

Si soy honesto, tu carga es muy pesada.
Quise compartirla, pero solo nos hice daño.
Así hemos pasado de ser dos extraños a ser dos extraños.
Quizás no nos volvamos a ver la cara.

Corre, tira los dados.
Sabemos que somos personas compatibles
pero toda apuesta es inservible
porque la suerte nos ha dejado de lado.

Quizás en otra vida,
quizás sin tu pasado.
Por ahora no veo salida
y paso de seguir atrapado.

El miedo a sentir

Ya van cinco noches sin reposo ni descanso.

Noches de giros, de calores y fríos.

El miedo a sentir gobierna este cuerpo mío,
pensamiento que me incomoda y que repaso.

Ha pasado casi un año desde Lirio.

Conseguí, gracias a Dios, paz en mi naufragio.

Se han cerrado, creo, las heridas de aquél calvario
con el cíclico giro del desierto envuelto en vidrio.

Ahora, de entre Lunas y Dunas asoma un Astro

y, al contemplar su luz, se me ilumina el rostro.

Despido a innecesarias compañeras, ante ti me postro,
pues quiero centrar mi ser en seguirte el rastro.

“Pero quizás esta ilusión es la de un loco” –

Duda que susurran las gárgolas para dejarme roto.

Huyo de los monstruos observando tu foto.

Prometo apostar por conocerte poco a poco.

Quizás sea un necio,

quizás me reclame el Vacío de nuevo.

Sólo sé que ya no camino, barzoneo,

y que, como Prometeo, pagaré gustoso el precio

si eso me permite sentir, otra vez, el fuego.

Tengo miedo de amar, pero en la catedral de tu recuerdo no pueden encontrarme
los monstruos. Así comienza mi peregrinación sin rumbo, pues no importa el
lugar sino estar juntos.

Desmitificar

Los Dioses se han vuelto en contra mía.

En la vigilia he de aguardar cual vigía,

pues las gárgolas giran en torno a mí

como buitres en torno a carroña fría.

La catedral de tu recuerdo ha sido profanada.

Perdida la ilusión, ya nada servirá de nada.

Para evitar entonar la letanía

escribo, sin mayor remedio, esta elegía.

Todo sucede en un atardecer oscuro.

En nuestro encuentro nos sentimos inseguros

al dudar si dar un beso en los labios.

Nuestros rostros se unen, nuestra libido engavio.

Entonces soy testigo de tu beldad.

Pero tu luz, Astro, alarga mis sombras

y la ilusión que siento me desborda,

así que sincero mi sentir, hallando hórrida verdad.

Somos dos libros en distintas hojas

y yo no quiero tener tu alma reclusa.

Estoy petrificado tras ver los ojos de Medusa,

el cielo y yo solo sangramos salinas gotas.

Tras liberar todos los males de la caja de Pandora

hallo una última esperanza.

Elpis me brinda su alabanza

y una nueva creencia en mi mente aflora.

Esto es perder la honra,
pero es el único camino transitable.
Propongo una relación accesible,
que no inmarcesible,
para desmitificar tu ser indomable
y que los puentes, con el tiempo, se rompan.

Encadenado

Ahora pago el precio de robar a Hefesto.
Fruto del nefasto gesto, ando encadenado.
De mi hígado se nutre la nostalgia que detesto
mientras, molesto, revivo la gloria del día pasado.

¿Quién me liberará de estas ataduras?
Todavía perdura el recuerdo de tu rostro, Astro.
Arrastro mi condena a sempiterna tortura,
conjuro infinitas conjeturas para seguirte el rastro.

Pero tu luz se extiende, extingue la penumbra
y me deslumbra como a un genio azotado por la locura.
Esta estancia es menos oscura, venzo a la umbra
si, como de costumbre, la intención de vernos perdura.

Siendo franco, si hablo me contradigo
pues he sido testigo del milagro:
te consagro, no hay demonios al estar contigo
y sin ti no lo consigo, con cada día me avinagro.

Hoy confieso no temer al fuego,
mi ego solo huye de las cenizas.
Sin pausa ni prisa, este es el río que navego
aunque el juego quizás deje mi ser hecho trizas.

Amor cortés

Ya no hay trovadores ni damas de corte.

Perdida la galantería, el eros nunca será platónico.

Deseo carnal sin compromiso, por deporte,
es, desgraciadamente, el paradigma hegemónico.

Los hombres temen al arte, perdimos el norte,
y toda midons es alcanzable, resulta irónico.

Esta insípida modernidad no hay quien la soporte.

Amar con distancia en la proximidad, un espectáculo cómico.

Ya no hay a quien esta diatriba le importe,
solo puedo esperar que el mal no sea crónico

pues lamento la muerte del amor cortés.

El penúltimo

Dionisio, voy a ver si me animo.

Sé que reclamas nuevos versos para acompañar tu vino
y yo, que hasta el mínimo detalle último,
te ofrezco este, mi penúltimo racimo.

Confieso estar tentado de tomar tu líquido,
pues solo consigo dar algún avance tímido
en hallarle color a cada día insípido.

Ella es la reina de mi palacio en ruinas.
Su ausencia cubre mi corazón de pruina.
Pago el precio por amar de forma genuina.

Ahora ya sé con total certeza
que la vida siempre fue un rompecabezas
porque me faltaba esta, la última pieza.

Estos días son un forzado interludio,
tiempo para el trabajo y el estudio,
obligaciones que, egoístamente, repudio.

Todo por temer caer en el olvido.
¿Y si el tiempo consume todo lo construido?
No habría mayor castigo tras todo lo vivido.

He de controlar mi ansia.
Sé que poner el reloj bajo vigilancia
sólo es receta para una existencia rancia.

Esta es la quinta vez que derramo tinta,
la quinta vez que narro de forma sucinta
este sentir que trato de fintar,
este sentir que deja mi alma extinta.

El acto final

Me he quedado estupefacto.

¿Cuándo hemos perdido el tacto?

Roto el pacto, ya no hay ningún contacto.

Me creo apto para redactar este último acto.

He afilado mi estilo

con cada día en vilo, cautivo,

presa de creer amar a un ser esquivo.

Ahora es imperativo cortar cada hilo.

He destilado mi dolor hasta tornarlo tinta.

Y, en mi locura, agradezco este devenir:

para huir del Vacío he de sentir

aunque el delirio deje mi alma extinta.

Esta es mi elección, afirmativo.

Tanto he perdido el temor al fuego

que ardo a diario para proseguir el juego

pero con cada apuesta acabo cativo.

Siendo franco, me siento abatido.

Mis esfuerzos solo terminan siendo tropiezos

y con cada paso me alejo de tus besos.

Siento el peso de caer en el olvido.

Todo tras todo lo vivido.

El vértigo ahora me deja lívido.

Caigo en una espiral de recuerdos tan vívidos

que obnubilan mi juicio como si hubiese bebido.

Ah, pero en realidad nada tiene sentido.

He adornado todo momento,
me he creído mi propio cuento
y mi castillo de cartón he erigido.

Ahora, con cada tormenta, queda derruido
y se apodera de mí la desilusión.
Esta ruina es mi construida prisión,
consecuencia de no poder acallar el constante ruido.

¿A qué temo siquiera?
Mis dudas crecen con tu desinterés
y te persigo para tomar un par de cafés
pero nunca hubo ni habrá eterna primavera.

Me has fallado, Astro.
Nuestra comunicación es del todo exigua.
Todo siempre es un “ves y averigua”
y pesa demasiado la carga que arrastro.

Me alejo, doy tiempo y espacio.
Días para hallar la paz,
para recuperar la calma en la faz
y volver a creer en amarte despacio.

A la vuelta de mi voluntario exilio
saboreo de nuevo la hiel.
No recibo, como ayer, la miel
sino que se derrumba nuestro idilio.

Señor mío, ahora sé que la he perdido.

Y, aunque quizás nunca la tuve,
siempre esperé desde mi nube
que un día subiera para estar unidos.

Pero el tiempo no espera a nadie
y la luz del Astro ahora quema.
Me enfrento a otro terrible dilema,
pues el miedo que irradia hace que me almadie.

Vamos de drama en drama,
¿Dónde nos hemos roto?
Cada día vivido es un maremoto
y la pena me tortura hasta en la cama.

Todo por elegir el camino del pícaro.
Huir con mis alas era mi designio
pero el ciclo del Dios ígneo
me ha condenado como a Ícaro.

Ahora me ahogo en el mar del lamento.
Tu compañía es un dulce veneno
al que he de decir que no
aunque sea para sanar un momento.

He de cerrar este capítulo.
He de marchar hacia el mañana.
He de huir de cuanto me amilana.
He de poner punto final y título.

Algún día desaparecerá el oprobio.

Aunque tu recuerdo fue mi cenobio,
ahora concluyo, sumido en agobio,
que jamás llegaremos a ser novios.

Adiós, Astro. Ten buena ventura y cuídate. He de marchar rumbo hacia ninguna parte. He de barzonear hasta encontrarme. Siento que todo esto tenga que terminar, pero es el único camino para ambos. Tan impuntual es el que llega tarde como el que llega pronto, ¿no? El tiempo nos ha contado, pues, su peor chiste. Marcho ya para evitarnos mayor desgracia. Un fuerte abrazo.

Te quiere, Discípulo.

La calma tras la tormenta

Pasada la tormenta

llega la calma por un momento.

Respiro, despido el tormento del lamento
y repaso lo vivido con mirada atenta.

Debiera haber huido antes, es cierto,
pero me pudo el miedo al arrepentimiento.
Decidí que me vencieran mis sentimientos
y vivir intensamente cada rato despierto.

Me entregué de lleno al fuego,
desoí tus numerosas advertencias.
Creía ser capaz de que, con infinita paciencia,
podría ganarme el ansiado apego.

Y quizás hubiera sido posible
si los Dioses fueran compasivos
pero este devenir erosivo
nos ha hecho creer ser incompatibles.

Todos mis esfuerzos han sido en vano
porque no deberían haber ocurrido.
La química misma que habíamos sentido
tendría que presentarnos un camino llano.

Ahora comprendo lo ocurrido.
He obrado con irrefrenable premura
por hallarme envuelto en tan bella locura
que silenció tus consejos y alaridos.

Astro, ya no te odio ni te detesto.

Mi ira ahora es dirigida al azar
por revelarme que puedo amar
para obligarme a redactar este manifiesto.

Culparte tan solo me haría culpable
de un delito que ha prescrito.

Menester es, pues, cerrar este escrito.
Y, si es posible, con una frase amable.

Nunca hubo malicia en nuestros actos,
solo dos confusos entes afables.
Tu recuerdo será este arte imborrable
pese a que los Dioses prohíban nuestro pacto.

Amor Fati

El desierto envuelto en vidrio sigue su ciclo.

La arena se desliza, llega la brisa.

El verano se divisa, despido la prisa.

Doy los últimos pasos de mi periplo.

El recuerdo del iluminado rostro del Astro,

esa sonrisa tras unir nuestros labios,

todavía corrompe la paz del creído sabio

y deja en cada día un gusto nefasto.

Pero todo ha ocurrido como predijo el oráculo.

La búsqueda del ósculo bajo el crepúsculo

sólo podía traer un dolor mayúsculo.

Ahora contemplo mis actos, ¡cuán dantesco espectáculo!

Quizás sea culpa de estos textos que postulo.

Me he dedicado a perseguir fuegos fatuos

para redactar un escrito no vacuo.

Arduo trabajo, calcular cuanto articulo.

Todo lo que ofrendo es todo lo que me abruma.

¿Cómo quise regalar esa visión del presente?

Esta retorcida lírica dinamitaría cualquier puente

que pudiera alejarme de las dunas.

Pero sólo hay un camino hacia la honra.

Como Eróstrato, prenderé mi templo en llamas.

Mi infamia será huir de lo que uno ama

y enfrentar, de una vez, las sombras.

Sé que he de rechazar la fama.
Llevo años persiguiendo cual perro ciego
el halago que recompense mi ego.
Nada sacia el ansia que me acecha en la cama.

Esta búsqueda es mi condena.
La sociedad ha premiado siempre mi obsesión,
me ha hecho creer en la ilusión
de que el triunfo ahuyentaría la pena.
Pero ahora caen las fichas y el telón
y, en mi soledad, se esclarece mi visión:
Nunca hallaré el verdadero amor en palabra ajena.

¡Qué oscura realidad, cuánto tiempo perdido!
La realización de un nuevo paradigma
me priva de respuestas y me llena de enigmas.
¿Acaso ha servido de algo todo lo vivido?

Llevo años entregado a la ambición.
Mi apuesta desmedida me llenó de ira
y, al espirar, jamás pude darle salida.
Así es como construí mi prisión.

Caminar para alcanzar la perfección,
ese fue mi elegido calvario.
El delirio de esforzarme a diario
por lograr no más que la dominación.

Pues si no se puede ser perfecto,

por lo menos había que ser el mejor.
Claro, entonces no olí el hedor
de aquel maldito pensamiento infecto.

Siendo franco, no todo esfuerzo fue en vano.
Los éxitos de antaño fueron peldaños
hacia la comodidad que disfruto hogaño.
Seguridad para enfrentar el daño este verano.

Ahora lo comprendo: esta es mi útil maldición.
Recuerdo una infancia llena de odio y rechazo,
de males callados y apoyo paterno escaso.
Repaso mis pasos sentado en mi habitación.

“Mejor ser un guerrero que cuida un jardín
que un jardinero en tiempos de guerra.”
—Resumen de todos los consejos que oyera.
De ahí que, solo, tan sólo luchara sin fin.

Odiarse un poco más para ser más,
para poder imponer mi voluntad y respeto.
Cada herida abierta fue mi amuleto
en un ciclo que no quise cerrar jamás.

“He de ser más fuerte, más hombre.”
No hubo otro pensamiento que alumbre.
Con esta hambre conquisté toda cumbre
y no hallé nada que hoy me asombre.

La búsqueda del ideal masculino

sirvió como un falso camino recto.
Creía acercarme a lo divino en el trayecto
y caminaba en círculos, fragilidad mi destino.

Está bien ser un guerrero capaz,
pero no debiera perseguirse la guerra.
El triunfo es hueco si no se celebra
y sólo hay tormenta si se rehúye la paz.

Mi tormento fue querer salvarme en el prójimo.
Confundí amar con la obsesión
de encontrar a quien llenara cada rincón.
Quien no me hiciera sentir anónimo.

Escapar del Vacío, una huida hacia delante.
Me dediqué a perseguir endiosadas doncellas,
a redactar demasiadas exageradas epopeyas
y a exacerbar mi pasión; soy un farsante.

Tantos naufragios, tanto sentido dolor,
y siempre culpando al canto de las sirenas.
Pero quien sólo escucha la palabra ajena
está sordo para su melodía interior.

¿Cómo podría amar sin amarme?
Siempre quise ser el perfecto jardinero
y cuidar del prójimo con sentir sincero,
ciego ante los males de mi carne.

En realidad intenté arrancar toda rosa,

así solo pude quedar lleno de espinas.
Heridas sangraron mil gotas salinas
hasta quedar hundido en mi fosa.

La reflexión exigía un precio muy alto
y preferí ahogar mis penas en alcohol,
llenarme de ruido en fiestas sin Sol
y retirarme del duelo en el primer asalto.

El hábito no fue frecuente, pero sí asiduo.
Siempre pude hallar el momento
para obnubilarme de cara al lamento,
para escapar del mal del individuo.

Así rehuí toda posible lección
y convertí en fracaso cada experiencia.
Fue culpa de esta condenada impaciencia
por lo que el dolor llevó a la inacción.

En mi mayor oscuridad, hallé una nueva luz.
No tuve más opción que ser salvado.
Oí al enviado Gabriel decirme, a mi lado,
que hallaría redención al cargar con la cruz.

Centré mi voluntad en cuidar el envoltorio,
desoí la diatriba del pecador contenido.
Entrené mi cuerpo hasta quedar destruido
y quemé mi propio odio en el purgatorio.

Con mi fanatismo construí esta bella ruina,

este almacén que tanto había ansiado.
Contento con tanto cambio logrado,
salí a buscar quien extinguiera la pruina.

Para mi sorpresa, sólo hallé tristeza.
Los caminos del Señor son inescrutables
y, pese a poseer una figura loable,
el mal todavía anidaba en mi cabeza.

Con cada encuentro, primero venía el halago.
Pero mi esencia se revelaba con el tacto
y mi obsesión impedía cualquier pacto.
Amargos tragos sucedieron cada día aciago.

Azarosamente, decidí dejar la bebida.
Mi salvación vino al despejar la neblina.
Con la mirada atenta, corrí las cortinas
y abrí las ventanas para ver mi vida.

Como saliendo de una caverna, mirar dolía.
Fuera del gélido palacio, luces y sombras.
Muestras de una estancia todavía en obras,
algo en lo que trabajar día tras día.

Astro cambió todos mis muebles de sitio,
supo dar color a esta vida mía gris.
Me recordó lo bonito de amar y vivir
pero temí apartar la mirada del precipicio.

Yo, a cambio, le entregué mi retorcida poesía.

Ahora ya no podré volver a ver su iris
pues nadie soportaría aquella bella bilis,
aunque fuera mi novena obsesiva sinfonía.

Pero prometí que esta pérdida tendría ganancia.
Su paso ha inspirado un profundo aprendizaje,
un repaso de lo que cargo en mi equipaje
y una mirada atrás para combatir mi ignorancia.

Con todo, ahora postulo una nueva creencia:
sin brújula se goza más del camino.
He de amar cuanto traiga el destino
y disfrutar del tiempo con paciencia.
Barzonear es la meta del sabio peregrino,
aquel que rechaza a Dionisio y su vino,
aquel que, siempre atento, captura la esencia.

Obcecarse en la consecución de objetivos
es una receta para terminar abatido.
El éxito reside en el amor propio sentido,
en vivir esta existencia, en permanecer activo.

Confieso, sin agobio, ya no temer errar.
Cada paso en falso es una nueva verdad,
otro caso en el que apreciar la luz y su beldad.
Toda válida lección sucede al temporal pesar.

Quisiera ahuyentar el miedo al rechazo.
Aunque, a menudo, me parezca injusto,
hay tantos colores como gustos

y no siempre se recibe el abrazo.

Es natural, temer el disgusto.

Pero dejarse gobernar por la emoción
impide la visión, la juiciosa acción
y lleva a recibir un trato adusto.

Parece, pues, una burla del azar.

Todo esfuerzo por evitar el despecho
sólo termina propiciando el hecho.
Sólo se escapa si se acepta el pesar.

Pero así es la vida y sus vicisitudes.

Amar es abrir al prójimo tu alma
para disfrutar su caricia con calma
y devolverla con tus mayores virtudes.

Amar exige vulnerabilidad en la entrega,
no cualquiera puede abrazar la esperanza.
Exige valentía arriesgar tu segura balanza,
ese salto al abismo con fe, pero no ciega.

Aunque si no se obra la dicha
no debería exagerarse la pena.
Hay que soltar la carga si cangrena
para apostar al presente cada ficha.

Sólo se puede vivir con esta esperanza:
toda tormenta, eventualmente, se despeja.
El tiempo todo lo trae y lo aleja.

El azar siempre igualará la balanza.

Pero ni siquiera el amor llenará este Vacío.

No hay logro que sacie el ansia del necio.

Perderse en metas infinitas tiene un precio:
despreciar la vida como un ser impío.

Sé que soy tan humano como mi deseo.

Ahora sé que no hay cura ni remedio.

Sólo puedo aprender a soportar el tedio
para, cuando llegue, apreciar lo bello.

Ahora puedo espirar tranquilo.

Sé que todo el desamor recibido
era, en buena parte, culpa del ruido.

Vencidas las sombras, he cortado los hilos.

Respiro. Algún día podré amar con calma
en vez de obsesionarme y permanecer en vilo.

Aunque cuesta, estos pensamientos cavilo
como único sendero para sanar el alma.

Hoy sé que no soy un héroe, villano o mártir.

Tan sólo soy una bendecida persona.

Despídome ya de esta fútil corona
y presento mi nuevo axioma: amor fati.

La cruz

Rechazar la carne, cargar con la cruz.

Si la vista corrompe el alma,
me entregaré con fe ciega a la calma,
a la búsqueda de mi propia luz.

Exiliado de esta sociedad de cartón,
mi peregrinaje será hacia mí mismo.
Huiré del seno y del sino
harto del desprecio de uno y otro clon.

Todos ansiamos morder la manzana,
pecar hasta olvidar la guadaña.
Pero la arena no se detiene ni engaña,
y hoy ya me quedan menos mañanas.

Advertencia a Magnolia

Coleccionista de trofeos, fuerte y con maña.

Bruja de pulcro aspecto, otra artimaña.

Pero cuando cae la luz y asoma la guadaña
no estás ni estarás, no veremos mañanas,
porque veo a través, a mí no me engañas.

Huye, vuelve, dame cal y arena.

Manipulándome jamás tendrás mi versión sincera,
sólo serás una duna más de esta terrible era
y soltaré la carga si el alma cangrena.

La semilla de la obsesión

Se me ha presentado una epifanía,
rastros de verdad otrora ignota,
más gotas que volcar en mis notas,
otro axioma en mi teoría.

Mis días pasan en el palacio gélido,
eterna consecución de objetivos rígidos,
mientras mi ánimo permanece frígido.
El tedio me asalta, apenas veo a Helios.

Cuando en este habitual devenir
se presenta la ocasional flagrante compañera
su fuego consume todo cuanto construyera
y la convierto en el único motivo para vivir.

Así germina la semilla de la obsesión,
demonio interno otrora acallado.
Su impío discurso me lleva de lado,
desacostumbrado a sentir tanta emoción.

MI inexperiencia lleva al descontrol,
a intentar poseer el reencontrado calor.
Pero ¿quién puede domar al fuego?
Proteger mi ego siempre me lleva al dolor,
a la pérdida, pruina en el crisol.

Escaparé de esta ruina rutinaria,
despejaré la bruma y el delirio,
rotaré el prisma, cambiaré el vidrio,

crearé en mi valía, hallaré la gracia.

La minoría ruidosa

Ayer conversé con Madre,
intentamos dilucidar verdad en la duda.
Creemos que hay una mayoría muda
por el incesante ruido de los cobardes.

Déjame que te cuente, compañero,
esta visión del complicado presente.
Quizás volverás a creer en crear puentes,
en amar con sentir sincero.

Curiosamente, he hablado con muchas personas.
Todas afirman buscar una relación con compromiso,
conocer sin prisa más allá del viso.
Rechazan la corriente que impera ahora.

Y es que a diario nos bombardean,
condenados a escuchar en populares canciones
mensajes de sexo sin amor, de negar emociones,
que dañan el alma hasta que flaquea.

Así, terminamos por creerlo imposible.
“Sería un milagro encontrar una compañera
a quien amar y que me ame con voluntad sincera
en los días donde todo es accesible.”

Pero quizás todo sea una mentira.
¿Y si los amantes fuéramos una mayoría
ensordecida por el grito de la ruidosa minoría,
aquella que busca lo líquido y la prisa?

Amigo, te propongo nadar contra corriente,
rebelión ante ese discurso tan frío.

Convirtámonos en buscadores y guardianes del fuego,
labradores de un terreno aparentemente baldío
pero que iluminará nuestro presente.

Gracias, Magnolia

Pero qué chispa más fugaz.
Tu amistad y cariño altruistas
han iluminado brevemente mi faz.

Al principio desconfié de mi vista,
creí que destruirías mi paz,
que serías una duna más en la lista.

Es cierto, eres una mujer voraz
y jamás lograré tu conquista,
pero nunca quisiste llevar antifaz.

Gracias, Magnolia, por cuidar al florista.
El reloj seguirá girando sin más
y cada uno recorrerá su arista.

No debe haber crítica mordaz.
Nuestra coincidencia estaba prevista,
el azar nos ha regalado este breve haz.
Aunque he hallado reposo con tu visita,
debo seguir recorriendo la senda del tenaz.

Bueno, ¿a quién pretendo engañar?
He sido consumido por el prejuicio,
convertido en prematuro árbitro sin saber qué dictar.

La prisa por saltar del precipicio,
eso es todo cuanto he de controlar.
He de dejar el seguro vicio.

Ahora las manecillas no hacen más que gritar,
intentan ver si me desquicio
pero yo sólo puedo dejarlas danzar.

La incertidumbre ha corrompido mi juicio,
el miedo me ha vuelto a gobernar
hasta perder todo cuanto codicio.

Soy el dragón que atesora amar,
florista que marchita flores por oficio.
Esta es otra muestra de mi malestar,
otra indeseada vuelta al inicio,
otra carmesí gota para este mar.

“No, así no”, reniego de la tradición.
“Este tiempo no ha pasado en balde”,
pienso previa nuestra última conversación.

Muestro la vulnerabilidad de la carne
esperando con mi honestidad, redención.
Hablo de todo lo que en mi pecho arde.

Tu respuesta es sincera comprensión,
piedad sin ningún alarde,
seguida de tu incompatible visión.

Huimos, escaparemos antes de que sea tarde,
esa es la acordada elección.
¿Somos prudentes o meros cobardes?

¿Si fuera virtuosa, dolería la decisión?

Rechazar la química, buscar lo que resguarde,
en días para olvidar la visión.

Quizás nuestra voluntad no era tan grande
para hallar el seguro camino a la pasión.

El heredero

No soy un poeta pródigo, no despilfarro,
más bien soy el hijo prodigio del barro.
Pues sigo vivo, es un milagro
sobrevivir cada día con lo que cargo.

Mi escapatoria es escribir en cursiva
aquello que siento en negrita.
Susurro lo que el corazón grita
y pongo métrica a emoción desmedida.

Cada misiva es una indeseada dádiva,
ofrenda que atormentará el ánimo.
Pobre de quien reciba lo que escriba,
pues traigo el sentir Barroco en mi saliva.

Me creo florista, marchito cuanto toco.
Soy el heredero de una sonrisa que no uso,
creador de los barrotes que me tienen recluso.
No soy un genio excéntrico, sólo soy un loco.

Lo poco que tengo me sobra.
Ten, compartiré contigo mi obra.
Es un placer conocerte, soy el rey del lodo.
Camino cabizbajo, pero feliz pese a todo.

El progenitor proscrito

Demasiado acto impío
trajo la guerra al hogar.
Así, debiste marchar;
consecuencia de tu frío.

Tu compañía erosiva
era un dolor continuado.
Sin luz, sólo sombra al lado,
una caricia abrasiva.

¿Y ahora quieres volver?
Te he ofrecido perdón
con sólo una condición:
sé persona esta vez.

Reincides en delito,
retratado con color.
Nunca aprende del error
el progenitor proscrito.

La tripulación sin capitán

El azar los colocó en mi camino,
como un obsequio jamás pedido.
No sé yo cuándo he merecido
la compañía de mis amigos.

Nuestro vínculo es construido,
cadena con vivencias forjada,
un lazo que no cortará espada,
la unión del latido.

Son refugio ante el oprobio,
brisa que despeja la bruma.
Son sano juicio en la duda,
calma que vence al agobio.

En mi triunfo son vitor,
admiración y aplauso genuinos.
No hay palabra que exprese lo que opino,
que describa la gratitud en mi escrito.

Somos la tripulación sin capitán.
Cada uno a bordo de su navío,
con sus objetivos y momentos de hastío,
pero navegantes de un mismo mar.

Construirme a su vera es un privilegio,
favor que sólo pagaré con mi entrega.
Les ofreceré esta humilde primavera,
pues su amistad no tiene precio.

Sincero mi elogio: ellos son quien soy.

Aunque el desierto nos una y nos separe
sentiré el abrigo de estas almas dispares,
pues los llevo allá donde voy.

Grilletes digitales

Sean ustedes bienvenidos
a la era de los cíborgs,
donde la vida de poco sirve
si no se produce contenido.

¡Aguarda! No comas de tu plato,
deja que immortalice el momento,
deja que todos vean el encuentro.
¡Vamos! Sonríe para el retrato.

Jóvenes y adultos, apresados.
Maniatados sin ninguna cuerda,
con una pantallita de mierda
que siempre tenemos al lado.

Personas con miles de seguidores
desesperados y sin amigos,
muéstranse como absolutos ganadores
ante anónimos testigos.

En la otra cara, el pobre iluso.
Consumidor de la ajena alegría,
pensando si vive al uso,
confuso en su ocasional melancolía.

Dudará de su planteamiento,
redefinirá la naturalidad misma.
Irà donde indique el viento,
renunciarà a los valores de su prisma.

Copiará ese estilo de vida,
se atará los grilletes digitales.
Ahora sí, otro clon en la fila,
otro productor de recuerdos irreales.

En el imaginario colectivo
no hay lugar para la sombra.
Hemos olvidado qué es estar vivo,
ciegos por el miedo a la deshonra.

Me rebelaré, abrazaré la ignominia,
ya no seré otro farsante.
Bueno, ya luego. Ahora termino esta línea
y la publico como otro logro flagrante.

En Roma, como los romanos

Mira, ya he pasado por el molde.
Harto de innumerables golpes,
he renunciado al amor de corte.

En Roma, hago como los romanos.
Voy conociendo a tantos humanos
que no me caben en las manos.

Así, protegido del amor y del compromiso,
huyo cuando mi piel hace visos,
cuando el fuego me desborda sin previo aviso.

Y sin saber si algo funciona,
mantengo puesta esta espinada corona
buscando reemplazos para cada persona.

Encadenado al placer de la carne,
soy controlado como otro cobarde
por mucho que el alma amar clame.

¿Pero cuánto podré contener el impulso?
Mi piromaníaco corazón, por ahora recluso
ansía calcinar a Roma y a los confusos.

La danza de fuego

Disfruto de un veraniego invierno,
de la casual casualidad.

Disfruto de esta candente amistad,
de la danza de fuego al vernos.

Arquitectos de una frágil huida, como Dédalo.
Dispuestos a derretirnos en breves intervalos
donde jugamos a ser víctima y villano.
Antes florista, ahora colecciono tus pétalos.

Tu mera presencia es tan cálida
que evapora el mar de mis miedos.
La calculada caricia de tus dedos
es una incendiaria dádiva.

Y yo, en esta humildad otrora ignota,
me contento con cuidar tu ánimo.
Ahora controlo mi alma ávida,
pues no poseeré el fuego que brota.

Tan sólo disfruto de cada flamígero encuentro
donde tu jadeo acompaña a mi gruñido,
señal de estar logrando mi único objetivo,
cortar tu respiración cuando en ti me adentro.

Apatía

Encadenado a la sombra, otra vez,
pudriéndome en la cama sin hallar reposo.
Destruído, deshecho, débil, un despojo,
enfermo y sin color en la tez.

Se escapa la arena entre mis dedos huecos
ahora que no pueden acariciar tu figura.
La luz de tu recuerdo me tortura,
ahora que no puedo ni escuchar tu eco.

Pero mi deseo es impío,
fruto del pesar, un fuego fatuo.
Un falso faro, fútil y vacuo,
espejismo que no llenará el Vacío.

En estos días no pasa nada,
sólo pasa el tiempo.
Y como sólo pasa tan lento,
el hastío reabre cada herida cerrada.

Así estoy, barriendo mi nostalgia
sin más obligación que la de sufrir,
recordando errores donde destruí el porvenir,
ese ansiado futuro de gracia.

La apatía me tiene preso.
Mi condena es contemplar el desierto en vidrio
mientras germina la semilla del delirio:
la cadena del que ansía el beso.

Adelfa

Nos separa la distancia de un suspiro,
nos miramos con soles de ansia,
con esa sed de sangre que espiro.

Por respeto, te despido.
No he de provocar esa chispa
que podría derretir lo construido.

Pero, en el fondo, yo ya he perdido.
Si quisiera que me descosieras
para que fuera tu piel mi abrigo.

Mi deseo arde cuando me descuido
y provoca que de mi boca
no salga más que este bello ruido.

Busco la combinación para abrir tu latido,
ese código que te acerque,
esas palabras que no caigan en olvido.

Y tú, Adelfa, queriendo ser testigo
del hambre voraz que ya no controlo
pese a pretender ser sólo amigos.

El desierto y sus giros, inexorable castigo.
El tiempo se marchará tal y como vino
y, cuando quieras venir, ya me habré ido.

Nos falta arena

El monstruo ha sido engendrado.

La doctrina emocionalmente austera
empapa mi vista de quimeras,
visiones del tan ansiado pecado.

El tacto se ha tornado necesidad,
ha germinado la semilla de la obsesión.
Tu ausencia inunda esta habitación,
tu aroma se disipa en la eternidad.

Me ahogo en este pensamiento,
quizás porque no me pasa nada.
No nado para clavarme así tu daga,
esa caricia ofrendada que todavía siento.

Querría asesinar este maldito deseo,
pero me aferro a la soga.
Te busco como adicto a tu droga,
con abstinencia del no probado beso.

Estamos condenados por la falta de arena
y la manecilla avanza con cada mañana.
Esta muerte anunciada, esa guadaña,
es la ineludible siega que me apena.

Mendigo

Señor, guía mi mano,
guía la pluma para dilucidar
el flagrante carmesí pesar
que consume a este humano.

¿Por qué? ¿En qué andaba pensando?
Cuando la vi tropecé con mi orden,
con las reglas que me tendrían a flote,
con esa promesa que me había jurado.

Así me convencí de la mentira
de que el ser ansiaba sólo aventura,
de que este deseo jamás perdura.
Así me hice esta herida.

Y ahora, cuando la veo,
escupo fuego para calcinar las mariposas,
y disfrazo el afán por regalarle rosas
con deseo que satisfaga sólo al ego.

Pero yo creo, Señor, que lo sabe,
que ve a través de estos espejos.
Creo que teme tenerme lejos,
que protege su corazón bajo llave.

¿Y qué otra opción nos queda?
Sí, aunque fuera dichosa la entrega,
sólo la tragedia nos espera.
Condenados por la falta de arena.

Ah, pero ya ni siquiera huyo.
Cuando intento alejarme, no lo consigo.
Cuando rechazo su amor, lo mendigo.
Quiero todo para mí, con gusto sería suyo.

Ya sólo me queda la ruina,
niebla espesa para el vidente obnubilado.
Corazón que siente, ojos vendados,
ciego ante la futura pruina.

De la ilusión también se desvive,
pido amarla y ser amado.
Pido futuro, otro día ha pasado
Y sería pecado no dejarle ser libre.

La vuelta

El tiempo corre y se escapa,
sólo viviendo el momento se atrapa,
pero ahora asoma el final de esta etapa.

En el mapa, este es otro punto dibujado,
compañía que habré de dejar de lado,
presente que se tornará pasado.

En este tiempo dado, nada tiene sentido.
Vivo por inercia, falta de motivos,
pues no puedo amar a quien ya he perdido.

Cuando me despido, temo dar el último adiós.
Los días pasan de dos en dos,
velocidad de la mano con la hoz.

Un muerto precoz, siempre fue mi hado.
Condenado al solitario trono helado,
aun ardiendo no expío mis pecados.

Andar cansado, final del trayecto.
Dejar atrás la ilusión de tu afecto,
caminar por el sendero correcto.

El efecto de la causa que no vi.
Pero si quiero ser, de la luz, adalid,
no hay cabida para otro ardid.

Huir, cargar, arrastrar mis trozos.

De aquellas expectativas de lluvia y gozo,
estos lodos de ira y sollozo.

En este pozo ya no queda ni gota,
aquí sólo brotan rimas ignotas,
notas en tinta, la sinfonía de la derrota.

¿En qué momento?

Quisiera saber en qué momento
he cambiado mi radiante sonrisa
por la funesta mueca del lamento.

Yo lo siento, pero quisiera adivinar
cuándo se tornaron mis ojos vidrio
para nunca más brillar.

Quisiera dilucidar ese preciso instante
en el que me poseyó la desidia
para hacer de mis días una guerra constante.

Antes no era una lastimosa ruina.
Prometo que fui refugio ante la tormenta,
siervo de los caminantes de la neblina.

En mi rutina ofrendé toda mi luz,
llama que creía incombustible,
siguiendo la ley de la cruz.

Mentira. Mi virtud resultó ser hambre,
exigir, a cambio, la luz del prójimo,
buscar manos donde salvarme.

Amar para amarme, persecución.
El amor no se pide, se da y se recibe,
todo lo demás no es más que obsesión.

De mi acción, esta consecuencia.

Destruído, ya no me queda nada.

Nunca tuve nada más que mi carencia.

El primer paso es admitirlo.

Resurgir

Recuerdo que pedí paz y prosperidad,
inocente petición del devoto.

El Señor, con su juicio ignoto,
me ofreció lluvia y soledad.

Yo, orgulloso ladrón del fuego,
convertí el agua en niebla.
Con este vapor alimenté a la hiedra,
cegado por el ansia del ego.

Rehuí la paz por miedo al hastío,
busqué una guerra que me entretuviera.
Y así, pronto perdí cuanto tuviera,
superado por el ofrendado desafío.

Y en esta lóbrega cúpula,
se confabulan contra mí todos los villanos de fábula.
Pero apenas me recreo en una realidad sonámbula,
es hora de calibrar mi brújula.

He de volver a ser, despertar,
prender mi voluntad, vivir,
ser la alegoría de la tenacidad, resurgir,
hacer lo que, un día, me atreví a soñar.

Y, aunque mi rutina sea noctámbula,
deambularé bajo luminosa guía.
Escucharé la melodía del alma mía
y, con cada obra, abriré otra válvula.

Nada más pido

Dicen que tan solo es cuestión de tiempo;
que, con paciencia, la intensidad se atenúa.
Juran que este es nuestro pequeño momento,
algo así como un par de ciclos de Luna.

Pero yo siento tener a mi Una,
esa alma a la que entregar mi brújula,
esa compañera para navegar las dunas,
esa flor que guardar bajo mi cúpula.

Quizás tengan razón los veteranos,
pero ¿cómo pueden explicar esta hambruna?
Si cuando se acaba nuestro tiempo y suelto tu mano,
me invade el voraz deseo del que ayuna.

Así mis días, otrora de la felicidad cuna,
son sucesión de agradables grises
en los que espero hasta revivir la fortuna
de verme reflejado en tus ojos felices.

Lo confieso, estoy perdidamente enamorado.
Salto con fe al vacío de las dudas
esperando, abajo, encontrarte a mi lado
para caminar juntos entre la bruma.

Mi último obsequio

Confieso que todavía la sombra me visita
y sufro días de lucha contra mi pensar.
Pero sé el trágico final cuando no se evita:
perder todo cuanto quisiste atar.

Ahora resisto el ansioso embiste,
me erijo como baluarte ante ese peso.
Ahora reviso todo lo que me viste,
me fijo con los juiciosos ojos del preso.

Y así colecciono estas pequeñas victorias:
veces en las que gobierno mi ansia.
Y así cambio el tono de mi compleja historia,
sintiéndome tocado por la gracia.

Aunque le he maldecido en tantas ocasiones,
agradezco ser un hilo más en su telar.
Aunque no he entendido muchas de sus decisiones,
el Señor me ha llevado a donde debía estar.

Mi implacable voluntad es producto de mi fe,
es creer en que pude y puedo querer.
Mi implacable voluntad es por fin entender
que, aunque dude, solo puedo aprender.

Mi madurez es despojarme de expectativas,
rehuir el conjuro de infundadas conjeturas.
Mi madurez es agradecer cada dádiva recibida,
única forma de experimentar la felicidad pura.

Mi amar ahora nace del sosiego,
la templanza, paciencia, equilibrada balanza.
Mi amar ya no es el grito del ego,
es una alabanza, vivencia de esta danza.

Mi deseo ya no es posesión,
mi designio es ofrecer, compartir.
Mi deseo ya no es mi prisión,
es una ígnea fuerza que dejarme sentir.

Quisiera condecorarme como el ideal amante,
ese cuyo defecto no se atisba.
Quisiera, pero la humildad irá por delante,
solo soy un neófito vidriero con su prisma.

Aun así, mantengo mis prístinos ideales:
no cambiaré mi lealtad por lo líquido.
Aun en la era de los grilletes digitales,
no me entregaré al carnal deseo insípido.

Escribo exiliado de esta sociedad marchita,
consumida por la velocidad y lo accesible.
Escribo en paz desde mi ermita,
hogar de apreciación por lo sensible.

Y, aunque apenas soy un mero discípulo,
te ofrezco mi manual para aprender a amar.
Y, aunque quizás sea un obsequio ridículo,
cree: todavía nos queda tiempo para danzar.